

El Arte

Revista Hebdomadaria.

Núm. 12

26 de Marzo de 1899

Año I

La dama blanca



Por aquel tiempo, dos señoras habitaban en la misma casa que nosotros. Una siempre vestía de blanco y la otra siempre llevaba traje negro: no puedo decir si eran jóvenes, no tenía yo entonces criterio suficiente para apreciar sus edades; sólo puedo afirmar que eran buenas y que tenían conmigo toda clase de delicadezas. Mi madre, siempre ocupada, visitaba poco á nuestras vecinas; pero yo iba á verlas con bastante frecuencia, sobre todo á la hora de merendar, atraído por los pasteles con que la *dama* negra me obsequiaba.

Era preciso subir la escalera, arduo trabajo para mí, pues aquellos peldaños un poco altos, no se habían hecho para mis cortas piernecitas. Pero una vez arriba, hallaba suficientemente pagada mi pena contemplando extasiado las mil cosas que adornaban el salón de mis vecinas. Sobre todo, llamaban mi atención dos figuras de porcelana que colocadas sobre la chimenea á los lados del reloj, *ellas solas* movían la cabeza y sacaban la lengua. Me dijeron que venían de China, y me propuse ir allá en seguida; la dificultad estaba en que mi niñera quisiera llevarme. Tenía yo la certeza de que China estaba detrás del Arco del Triunfo, pero nunca encontré medio de llegar hasta allí.

También había en aquel saloncito un tapiz con flores, sobre el cual me arrastraba á mi antojo, y un sofá pequeñito y flexible, que yo convertía en barco, coche ó caballo.

La dama negra era sumamente amable, y jamás me reñía. La dama blanca tenía sus impacencias y sus brusquedades, pero reía tan alegremente!

Tan bien me hallaba entre mis amigas, que les hice saber mi

decisión de que nadie más que yo había de ir á su casa. La dama blanca, creó que se burló de mí; pero tanto insistí, que tuvo que prometer cuanto quise.

Lo prometió; pero un día encontré un señor sentado en *mi sofá*, con los pies sobre mi tapiz y hablando á mis damas con la mayor confianza. Esto me desagradó tanto, que pedí agua con azúcar para que se fijasen en mí. En efecto; el señor me miró atentamente.

La dama negra dijo:

—Es un vecinito.

—Es hijo único, ¿verdad?— contestó el señor.

—Verdad—dijo la dama blanca.—Pero ¿en qué lo ha conocido usted?

—Tiene todo el aire de un niño excesivamente mimado.

Yo seguí allí observando, y pude entender que la dama blanca tenía muy lejos un marido y que aquel señor la traía una carta suya, por lo que le daba expresivas gracias. Tanto me disgusté, que en castigo me fui sin darla un beso.

No recordaba ya lo ocurrido, cuando á los diez días volví á encontrar mi sitio ocupado: esta vez examiné atentamente al caballero, y no le hallé nada agradable. Cabello negro, bigote negro, patillas negras, talle delgado, vestido elegantemente, y sobre todo ¡un aire de satisfacción! Hablaba del Ministerio de Negocios extranjeros, donde estaba agregado, de modas, de libros nuevos, de reuniones, de bailes donde vanamente había buscado á estasseñoras. ¡Y ellas le escuchaban! ¿Era aquello una conversación? ¿No podían hablar, como lo hacía la dama negra, de los países donde las casas son de caramelo y los ríos de limonada?

Cuando se fué, la dama negra dijo que era un hombre encantador. Yo contesté que era viejo y feo. Esto hizo reír á la dama blanca; no, pues yo no era risible. Pero ¿se reía de mí, ó reía sin oírme siquiera? La dama blanca tenía este defecto, sin contar otro que me desesperaba: el de llorar y llorar. Mi madre me decía que las personas formales no lloraban nunca. ¡Ah! ella no había visto como yo á la dama blanca, sentada en una butaca con una carta abierta sobre las rodillas, la cabeza caída hacia atrás, y el pañuelo en los ojos, empapado en lágrimas. ¡Qué lástima, cuando estaba tan hermosa riendo! Luego me dijo que tenía un marido en el Japón, pero que yo era su maridito; con esto me contenté, y firmamos paces dándome un pastel.

Pero un día que la dama blanca me contaba que me haría traer de China pescados azules y una red para pescarlos, anunciaron al señor de las patillas negras, y fué recibido.

En la manera de mirarnos se conocía que no nos queríamos bien. La dama blanca le dijo que su tía (se refería á la dama negra) había salido á hacer unas compras. No pareció contrariarle esta noticia, y dijo á la dama blanca que necesitaba hablarla seriamente. Esta se sentó con coquetería, é hizo señal de escucharle. Sin embargo, él me miraba indeciso.

—Es muy lindo este pequeño—decía pasando su mano por mi cabeza;—pero...

—Es mi maridito.

—Bien—replicó él.—Pero ¿no podría usted enviarle con su mamá? Lo que la tengo que decir, sólo usted debe oírlo.

—Monín, vete á jugar al comedor y no vuelvas hasta que yo te llame. Anda, hijito.

Yo llevaba el corazón oprimido. Y eso que el comedor era una pieza atractiva: tenía un reloj de pared, que representaba unas montañas á orillas del mar, con una iglesia y un hermoso cielo azul. Cuando daba la hora, un navío se mecía sobre las olas, una locomotora salía del túnel y un globo se elevaba por los aires. ¡Pero cuando el alma está triste, no hay nada que la haga sonreír! Por fortuna la cocinera vino á buscar algo en el aparador, y viéndome tan triste me dió algunos caramelos, que calmaron un poco mi pena; pero cuando los caramelos se acabaron, caí de nuevo en mi tristeza. Algunas veces oía en la habitación vecina la voz de aquel señor, ya suplicante, ya encolerizado contra ella. Bien hecho; pero ¿no acabarían nunca? Yo me aplastaba las narices contra las vidrieras, me montaba en las sillas, agrandaba los agujeros del papel, arrugaba la franja de los visillos; ¡qué se yo! El aburrimiento es una cosa terrible. Por fin, no pudiendo contenerme, fui de puntillas hasta la puerta y llevé la mano al pestillo, persuadido de que hacía una mala acción, pero orgulloso de ella. Abrí, y encontré á la dama blanca junto á la chimenea, y al caballero de rodillas á sus pies y con los brazos abiertos como si fuese á sujetarla. Estaba encarnado como la cresta de un gallo y con los ojos fuera de sus órbitas.

—Basta, caballero—decía la dama blanca, sumamente agitada;—basta, y puesto que usted dice que me ama, repórtese... y no me haga arrepentir...—Y decía esto sin fuerza al parecer para resistir más.

El se levantó al verme, y creo que tuvo la idea de tirarme por la ventana; pero ella, en lugar de reñirme, como yo esperaba, me oprimía entre sus brazos, besándome.

Me llevó al sofá, y allí lloró mucho tiempo sobre mis mejillas. Estábamos solos. Yo, para consolarla, la decía que aquel señor de

las patillas era un mal hombre y que no hubiera tenido aquel disgusto si hubiésemos seguido solitos, según lo convenido. Y á través de todo esto, yo pensaba que las personas mayores también resultan raras á veces.

A los pocos momentos, vino la dama negra con una porción de paquetes, y preguntó si había venido alguien.

—El señor de Arnould; ha estado apenas dos minutos.

Yo sabía que esto era mentira; pero sin duda estaba conmigo el ángel bueno de la dama blanca, y puso su mano sobre mi boca.

No volví á ver al señor de Arnould, y mis amores con la dama blanca no volvieron á ser turbados.

Ayer, es decir, cerca de treinta años después, no sabía lo que había sido de ella. Ayer, asistí al baile del Ministro de Negocios extranjeros. Yo pienso como Lord Palmerston, que dice que la vida sería soportable sin placeres. Mi trabajo diario no excedé á mis fuerzas ni á mi inteligencia; así, son las recepciones oficiales las que me acaban. Sabía que ir á ese baile era fastidioso é inútil, y sin embargo fui; porque es propio de la humana naturaleza, pensar cuerdamente y obrar de la manera más absurda.

Apenas había entrado en el gran salón, cuando anunciaron al señor embajador de... y á su señora. Había visto ya muchas veces al embajador, que llevaba impreso en su fisonomía un sello de fatiga no debida á los trabajos de la diplomacia. Se decía que su juventud fué borrascosa y se contaban de él en las reuniones de hombres infinidad de anécdotas galantes. Sobre todo su estancia en el Japón, haría unos treinta años era extremadamente rica en aventuras. Su señora, á quien no tenía el honor de conocer, no parecía llegar á los cincuenta años, é iba vestida de negro, envolviendo en magníficos encajes su hermosura algo pasada, pero que denotaba haber sido sorprendente. Me sentí satisfecho de serle presentado, porque me agrada sobremanera la conversación de las mujeres de edad madura.

Hablamos de mil cosas, mientras los jóvenes bailaban, y por casualidad me habló de la época en que ella vivía en la calle de Malaquais.

—Usted es la dama blanca, --dije emocionado.

—Es verdad, caballero, siempre vestía de blanco.

—Pues yo, señora, soy su maridito.

—¿Que usted es el hijo del excelente doctor Raniere? Le gustaban á usted bastante los pasteles. ¿Le gustan á usted todavía? Venga usted á comer con nosotros. Todos los sábados tenemos una comida íntima. ¡Dios mío, cómo se encuentran las gentes cuando menos se espera!

—¿Y la dama negra?

—Yo soy ahora la dama negra. Mi pobre tía murió. En el último tiempo que vivió, hablaba de usted frecuentemente.

Mientras que así hablábamos, un señor de bigote y patillas blancas saludó á la embajadora respetuosamente, pero con toda la gracia de un viejo buen mozo. Me pareció reconocerle.

—El señor de Arnauld,—me dijo ella;—un antiguo amigo.

Anatolio Franco

Cuento.

Se reunieron cuatro socios de una casa de comercio, á celebrar un asunto llevado á cabo con éxito, y al final de la comida se brindó por el dinero, rey y señor de este mundo, según afirmó uno de ellos, que con la copa en la mano, y un tanto alegre el cerebro, publicó las excelencias de este vil metal, diciendo:
—«Amigos míos: con oro todo se alcanza; el dinero es la llave que abre el mundo; y si hacéis lo que yo pienso, al primero de nosotros que se muera, le pondremos, por lo que pueda ocurrirle, mil pesetas en el féretro cada uno.»

—Convenido.

—Aprobado.

—Bien; ¡soberbio!

Pasaron de esto dos años, poco más ó poco menos, y uno de los cuatro socios entregó, el pobre, el pellejo.

Los otros tres, reunidos poco después del entierro, hablaban de esta manera:

—¡Pobre Fulano!

—¡Tan buenol...

—¡Tan excelente persona!

—¡Tan cumplido caballero!

—¡Qué amigo tan cariñoso!

—¡Qué amable era!

—¡Qué correcto!

Y seguían alabando las condiciones del muerto; cuando uno dijo:—Señores, supongo que aquel acuerdo de las mil pesetas, todos habremos llevado á efecto.

—Yo puse las mil en plata—dijo al instante el primero.

—Yo—manifestó el segundo—he colocado en el féretro las mil pesetas en oro.

—Pues yo fui—añadió el tercero—cogí las dos mil pesetas que vosotros habíais puesto, dejé un cheque al portador de tres mil pesetas, luego, y pensé: de esta manera, le libro de llevar peso.

César Hueyo

Recuerdo triste.



(Carta recibida con mucho retraso.)

La quietud de la noche, interrumpida tan solo por quejidos, aumentaba la tristeza terrible que á diario filosofar me hacía por mi sala. El ocho se moría, el diez lo mismo, El quince... en fin, no había ya esperanza; cual la guadaña el verdecillo corta, el azote del vómito asolaba. Rendido de cansancio y de fatiga, y sin poder dormir; pues toda mi alma estaba en mis enfermos y en su vida, luchando, con la muerte por contraria; apoyé mis mejillas en mis manos y púseme á pensar, y sin tardanza apareció á mi vista el fiel contraste de aquello, con el vicio y con la farsa. Vi, á través de mis lentes, el teatro lleno de bote en bote, aplausos, charla, el extremo del goce allá en los palcos, murmurando de cuerpos y de almas. Ví que el gracioso, desde el escenario, hacía, más que chistes, payasadas, y que reía en grande, con deleite, la gente que llenaba las butacas. Vi luego aparecer, presuntuoso, al galán con su amante, con la dama, y ante el insulso público, que ambos sus abrazos sin pudor entrelazaban. Después vi hermoso baile, las señoras presentábanse al hombre descotadas y uníanse á él con fuerza, en el abrazo que el mundo baile con finura llama. Escuché de los labios de Fulano el adúltero amor de una casada, y luego supe que á Fulano mismo su mujer á sabiendas engañaba.

Después, en el delirio de mi sueño,
 gente y más gente que llenó una p'aza,
 y hombres que con capotes de colores
 y trajes de luces toreaban,
 y oí frases groseras, lujuriosas,
 y escuché palabrotas, amenazas,
 y todo esto lo oían las mujeres
 del pueblo, burguesía, aristocracia...
 Luego ví juergas y jaleos tantos,
 que aparté el pensamiento, con amarga
 convicción de que el mundo se divierte
 más cuantas más desgracias le maltratan,
 y maldije y lloré con descensuelo,
 y vime rodeado de desgracias,
 y... al pasar mi visita habían muerto
 más de veinte soldados de mi sala.

Fernando José de Larra



DIÁLOGOS



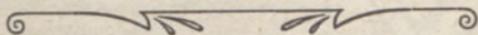
—Yo voy á tirarme al río
 si no me quiere la Juara.

—¿Piensas tú que puede ahogarse
 quien lleva esas calabazas?

—Voy á ahorcarme. —¿Por qué quieres
 suicidarte en el espacio?

—Porque yo no tengo dónde
 caerme muerto, amigo Pablo.

Calixto Tavarro (hijo)



CANTARES



Yo hubiese puesto las manos,
 por aquella de ojos negros,
 en la lumbre... Si las pongo...
 ¡caracoles, me las quemó!

No le digas á tu madre
 lo que ayer noche te dije,
 que va á decir que te digo
 lo que no debo decirte.

Siempre he visto comprobado
 que una dicha deseada
 por el pobre desgraciado,
 fué, si la vió realizada...
 ¡infortunio disfrazado!

Federico de Valomero

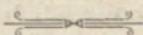


¿Quid est mundum?

To'os los años que hasta el presente
van transcurridos
y los que vengan (pocos ó muchos)
antes del Juicio,
todos nos dicen, y nos lo dicen
convencidísimos,
que es el planeta que nos sostiene
profundo abismo
de *des-venturas*, de *des-arreglos*,
de *des-atinos*,
des-barajustes, *des-quiciamientos*
y *des-politismo*,
de *des-azones*, *des-igualdades*
y *des-cosidos*,
y de *des-denes*, de *des-engaños*,
de *des-perdicios*,
de *des-encantos*, de *des-acuerdos*
y de *des-cuidos*,
y de *des-honras*, de *des-conciertos*,
de *des-años*,
de *des-amparos*, de *des-niveles*,
de *des-prestigios*,
de *des-cabellos*, *des-confianzas*,
des-equilibrios,
de *des-consuelos* y de *des-falcos*
y *des-alñeos*,
de *des-agrados*, de *des-enlaces*,
de *des-varios*,
y de *des-gracias*, y de *des-órdenes*,
y de *des-ignios*,
y de *des-astres*, y de *des-trozos*,
y de *des-eos*, y de *des-vios*,
y de *des-pechos*, *des-ilusiones*
y otras *des-dichas* por el estilo.

B. Melchor Merino

Los primeros de mes.



Los temo mucho más que á un nublado.

A un nublado con agua, granizo, rayos y centellas.

Comprendo que al probo empleado y *probe* de cierta solemnidad, que vive más ó menos mal, pero que después—ó antes—de todo, vive con su sueldo, sin más merma que el descuento, se le desarrugue el entrecejo cuando *vis á vis* del habilitado piensa que ya tiene para tirar otro mesecito de la existencia, que, como dijo el otro, es «la carreta más pesada».

Pero ¡ay! para los que no salen á fin de mes *ras con ras*, sino que llevan por su triste destino—un destino de mil pesetas nominales—siempre tras de sí una cola de trescientos mil reales ó demonios, para esos, los primeros de mes son algo así como el suplicio de Tántalo.

Ven pasar ante sus ojos hundidos por la fiebre—la fiebre del oro—y apagados por la debilidad estomacal, pagas y pagas, duros y más duros que no son para ellos, y la prueba resulta demasiado dura.

Hay sujeto de estos, que coge una irritación cada día de cobranza, y siente terribles dolores en los vacíos... bolsillos.

Y no es para menos: el sueldo, vamos al decir, es de quince duros; los gastos... véase la clase, la clase elemental y superior, empezando por abajo.

Descuento, retención y cédula personal de 9.^a clase, sin entresuelo, cinco dures; cuenta del mozo del café, con tostada, es decir, con réditos prudenciales del 100 por 1, seis durillos; multas por dos días que estuvo malo ó pensó ir á ganarse cuatro reales y le castigaron en venticuatro, seis pesetejas; una gira campestre organizada por los queridos compañeros del Negociado, y á la que no se puede faltar por *mor* de no singularizarse, diez *pelas*; para la suscripción nacional de tal ó cual, un día de haber, de haber nada; para tomar parte en un décimo de la lotería, con que le *obsequia* el jefe, dos realejos; para librar de quintas al chico de la portera de la casa de un primo hermano de la señora del

temporero Balduque, una peseta; para enterrar á la suegra de otro; para una función á beneficio de Pérez, oficial cuarto, sin un cuarto interior ni exterior; para la rifa de un chocolatero, cuyos productos (los de la rifa) se destinan á un fin benéfico, aunque incógnito, y para reintegrar al pagador por dinero adelantado para unas cajetillas, setenta pesetas...

Ahora, sumen ustedes, si se atreven.

Todo eso, por supuesto, sin salir de la oficina; porque luego quedan por anotar la casa, la comida, el aguador, el médico... y ¡el viaducto!

Y no hablemos del vestir, ni el afeitarse, ni de otras pequeneces, tales como renuevos de empeños, porque esas quedan suprimidas por artículo de lujo.

Les digo á ustedes que hay muchos empleados que bien pueden darse por mal empleados, á pesar de su excelente letra redondilla y los floreos de sus caracteres góticos.

Así se explica que los primeros de mes se vea por ahí á muchos aspirantes segundos, sin *ascensor*, condenados á aspirar eternamente, con la cara lánguida, los ojos en el suelo y las manos en los bolsillos, por no decir en la cabeza.

—¡Hola, don Procopio!—se les habla.—Hoy habrá sido un buen día para usted. Día de cobra ¿eh?

Y contesta lúgubrementemente el desdichado:

—¡Ya, ya!... ¡Día de difuntos! Usted cree que estamos á 1, pues no señor, estamos á *cero*... ¿Tiene usted un revólver?... Pues haga usted el favor de pegarme un tiro, que Dios se lo pagará.

En efecto; hay al ;unos de estos seres que empiezan á distribuir su paga, haciendo montoncitos sobre el pupitre, y concluyen por quedarse sin un céntimo, sin levantarse del sillón. Dicen que «el dinero es como el aceite, que por donde pasa, algo deja»; pues no lo crean ustedes; ese es un *infundio*, digno de figurar entre las «mentiras convencionales» de Max Nordau.

Eso del *maneco* que pedía el *neguito* del cuento, se queda para otros que no sean los auxiliares sin auxilio.

A los que—aunque nos esté mal el decirlo—vivimos de la pluma—*ora* como escritores, *ora* como escribientes,

ora... ¡*pro nobis!*—nos ocurre nueve céntimos de lo mismo.

Hay periodista que al día siguiente de entrar en la redacción comenzó á pedir dinero á cuenta, y ahora resulta que, al revés de los repatriados, ha percibido ya su sueldo del mes de Noviembre del año 1996.

Por supuesto, que estos, menos mal, porque al fin y al cabo—y este es un cabo primero—ya dice un refrán que «de los adelantados es el reino de los cielos».

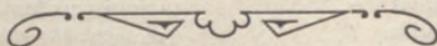
Estos ciudadanos no pasan tristes los primeros de mes; para ellos los primeros son los últimos, al contrario de lo que *reza* el Evangelio. ¡*Guay* de los infelices que no *ma-drugan* y llevan tras de sí un *déficit* de otro género, tan persistente como el del Estado! Estos sí que están en mal estado, y esos, como yo, créanmelo ustedes, reniegan del primero de mes.

Es que estos primeros días de cada mes, van siendo ya en España días de duelos, pero sin pan; días en los que se *mete* ánima y días de fiesta sólo para los judaizantes devotos de la diosa usura.

Nueva diosa de la muerte, con una cola muy larga, que chupa como un vampiro y teje sin cesar con sus patas de araña la fuerte tela en que nos vamos enredando todos los españoles.

Aliados hoy con los *ingleses*.

Gandela.



Epigramas.



Viendo salir del Juzgado
á un matrimonio usurero,
que por cariño al dinero,
sin amarse, se han casado,
—¿Se casan por lo civil?—
al señor juez pregunté;
y me contestó:—No. Se
casan por *lo mercantil*.



Como dispone en la casa
de fieras, de los destinos,
dice un concejal que allí
va á *meter á sus amigos*.



Una perfecta hermosura
tiene la tuerta Camila
de huésped, y asegura
que es hermosa su *pupila*.

José María Solís y Montoro

ANHEL6

Al ver que sus dos ojos ya no brillan
lo mismo que brillaban,
al mirar dos estrellas rutilantes
convertidas en luces funerarias,
recuerdo aquel amor que breves horas
ha disfrutado el alma:
de féretro le sirve un corazón
y de sepulcro el pecho de mi amada.
¡Quién pudiera la frente reclinar
sobre esa tumba santa,
y dormir ese sueño interminable
que de la triste vida nos rescata!

Mariano Castaño



MINIATURA



Huerfanita, eres lo mismo
que el náufrago que en la roca,
túmulo de sus angustias,
grita y ve pasar las olas,
sordas á sus alaridos
y á su pesadumbre sordas.
Mas no te alijas ni penes
porque en el mundo estés sola.
Cuando una lágrima viva
bañe el carmin de tu boca
al ver cruzar el espacio
á la solitaria alondra,
que en vano á su madre busca
arrojada por el hóreas,

en las nieves sempiternas
que la montaña coronan,
en la Virgen fija al punto
tu mirada cariñosa,
que, si con fervor le eriges
un altar en tu memoria
y te acoge con su manto
la Virgen, Nuestra Señora,
no te importe, huerfanita,
ser náufrago que en la roca,
túmulo de sus angustias,
grita y ve pasar las olas,
sordas á sus alaridos
y á su pesadumbre sordas.

Antonio Soler



Oda XVI de Horacio



Enseña que debemos procurar ante todo
la tranquilidad de la vida.

Quien del Egeo en las agitadas ondas
Fué sorprendido por atroz tormenta,
Acongojado por la pena pide
Paz á los dioses.

Paz pide el tracio de indomable brio,
Paz pide el medo armado con su aljaba,
Paz más amable que las perlas y oro,
Amado Grosfo.

Porque ni el el oro ni poder terreno
Anulan de la mente los pesares,
Ni los cuidados que tenaces vuelan
So ricos techos.

Quien de sus padres la heredada hacienda
Probo conserva sin aumento ilícito,
Ni vil codicia, ni temor, con poco
Vive felice.

¿Para qué osados emprendemos tantos
Grandes proyectos, si la vida es breve?
¿Por qué buscamos climas diferentes
Bajo otros soles?

Si de la patria el triste fugitivo,
Que huye buscando más feliz morada
Donde repose de trabajos libre,
De sí no huye.

Sube á las naves el roedo: cuidado,
Sigue en las guerras al veloz jinete,
Pronto cual ciervo, como el Euro activo,
Siempre ligero.

Con lo presente el ánimo contento
Haga dél luego plácido abandono,
Mezcle con risa las amargas penas
Del alma infierno.

Nadie es dichoso siempre y por completo,
Temprano á Aquiles se llevó la muerte,
Edad provecta consumió á Titono
De vida hastiado.

Tal vez el tiempo á tí te negaría
Lo que benigno á mí me concediera:
Grandes rebaños, vacas sicilianas

Hay en tu campo;

La poderosa yegua corredora
Relincha alegre, cuando tú te acercas;
De púrpura africana reteñido

Luce tu traje:

Pequeños campos, inspirado numen,
Ánimo grande que del rudo vulgo
Desprecia el juicio, la infalible Parca
Dióme propicia.

Miguel Fortero y Mela.

¡DESISTO!

Clotilde, no tiene tilde
por lo buena, por lo hermosa,
por lo bella y por lo humilde:
y yo haría de Clotilde,
si ella quisiera, mi esposa.

Pero nunca me propaso
á decirla que me quiera,
pues soy de valor escaso
y su madre es una fiera...

¡Por si acaso!

—
Nicolasa, es en su casa,
por lo hacendosa, un partido
que *ya de la raya pasa*,
y, queriendo Nicolasa,
yo sería su marido.
Pero también representa
un atroz inconveniente;
y es, que el papá me *revienta*...
en cuanto que me presente.

¡No trae cuenta!

—
María, que es mi alegría,
iba á hacerme tan dichoso,
si es que quisiera ser mía,
que hoy mismo ofrezco á María
si le gusto, ser su esposo.

Pero ¡quíá! no me decido,
porque el bruto del hermano,
me dicen que ha prometido
que me va á *santar la mano*.

¡Me he lucido!

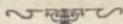
—
Ramona, por ser tan mona
de tal modo me ha chillado,
y eso, mi actitud lo abona,
que, si qui viera Ramona,
yo ya estaría casado.
Pero sé que la otra noche
la tía, que es una arpia,
me fué persiguiendo en coche;
¡el demonio de la tía!

¡Qué derroche!

—
Por todas estas razones
y otras de que hablar no quiero,
he desistido de amores
hermosos y seductores,
y permanezco soltero.
No quiero casarme ya,
y el disuadirme es en vano;
siempre se opone un papá,
ó una tía, ó un hermano,
¡ó la mamá!

Emilio S. Maestro

¡Acordáos de ellos!



*Con resplandores de aurora
y entre cendales y armiños
aduerme á sus pobres niños
la Sociedad Protectora.*

EL AUTOR.

I

¡Sacrosanta Sociedad!...
¡Dios te lo premie y bendiga,
ya que en su triste orfandad
extiendes tu mano amiga
á esa triste pubertad!
.....
Arcángeles desvalidos
por tu piedad recogidos
y por tu amor amparados,
¡son tus hijos más queridos
los niños abandonados!

Ya que tú, madre amorosa
de esos hijos sin ventura
te ofreces ho y cariñosa,
y en tu regazo, gozosa,
calmas su afán y tristura...
¡Sé tú la flor de Salén,
tú su manto celestial,
el más purísimo edén,
para esos niños del bien
que arrojó á la calle el mal!

Llorad, pobres ojos míos
verted raudales de llanto,
antes que mirar impíos
á esos padres tan... ¡judíos!
que dejan perder su encanto...
¡Sí, su encanto, su ilusión,
su placer, su amor, su calma,
su consuelo y su perdón!
¡Que siempre los hijos son
el encanto de nuestra alma!

Y pues forma y ser les dimos,
por ellos siempre luchamos,
para ellos sólo vivimos,

con ellos nos convertimos,
por ellos sólo anhelamos.
Si hijo es mágico laúd,
á cuyo son ríe el cielo
mostrando su excelsitud;
si hijo es nombre de salud
que sa .tifica el consuelo....
¡por qué permites, Dios mío,
que haya padre tan malvado,
que olvide ese afecto pío
y lo deje al glacial frío
de su suerte abandonado?

II

¡Niños que padres tenéis
y que conocido habéis
cariño, amor y fortuna,
y que os da , si la queréis,
por contentaros, la luna!
¡Sabed, que hay algunos niños
sin juguetes, sin aliños,
sin padres y sin ventura,
que gimen con amargura
faltos de fe y de cariño!

Esos pobres no tuvieron
quien al dormir les cantara,
y sin canciones crecieron
porque á nadie conocieron
que un cantar les enseñara.

*
* *

Cuando radiante la aurora
bañe de luz vuestra cuna...
¡rogad por la Protectora
Sociedad, que al niño adora
en la calle de la Luna!

Adelardo Curros y Vázquez





J. H. C. — Mil gracias, tenemos corresponsal; envíe otra cosa que no sean *cantares* ni *sonetos*.

J. F. A. — Sonetos, ¡no por Dios!; venga otra cosa.

J. P. V. — Carecen de interés.

B. de P. — No es usted poeta, pero puede llegar á serlo. ¡Aunque el *poeta nace!*...

E. A. — Esto no me ha gustado tanto.

V. de la R. — Lo hemos intentado, pero es imposible.

A. A. — Pequeñas incorrecciones.

T. C. S. — Idem; venga otra cosa, que puede usted hacerlo bien.

J. A. P. — El final del *exprés* lo estropea todo.

Ró de Sá. — Es lástima que repita tanto la palabra *otvidar*.

C. T. — Envíe otra cosa que no sea soneto.

P. Ll. — Teatro de Apolo. — Complacidos, y gracias á ustedes.

B. S. M. — El dibujo es bonito, pero cuando envíe algo que sea hecho á pluma, un poco más pequeño y con menos detalles, que no se ven después en el grabado. Haga algo para el QUIJOTE y se publicará.

R. S. M. — ¡Tenemos tantísimos *cantares!* — Venga otra cosa.

J. R. O. — Málaga. — Excesivamente largos, dadas las dimensiones del periódico.

M. G. — Sonetos, ¡no por Dios!

E. M. A. — Son flojos.

☞ M. A. C. — Sonetos no quiero.

F. L. (*hijo*). — Esto me gusta menos, sobre todo el final.

E. R. — Este cuento no nos ha gustado.

E. P. M. — Al decirle que *era floja*,
Quise decirle que *es buena*;
También la *peseta de hoja*
Ya sabe usted que *no suena*.

Creo me habrá enten tido.

Solución á la tarjeta logográfica:

Luis Daoiz - Pedro Velarde.

IMPORTANTE

En el número 10 apareció al pie de un precioso epigrama la firma de D. F. Palomero; como este señor no ha escrito tal epigrama, deseamos conocer á su autor, para rectificar como es de justicia. A cada cual lo suyo.